

GENARO ESTRADA, IMPRESOR Y BIBLIÓGRAFO

José Ignacio Echeagaray

Creo que a don Genaro Estrada pocas cosas le hubieran satisfecho tanto como el percatarse de que el homenaje constante que se rinde a su memoria tenga lugar muy cerca de los muros venerables de lo que fuera el Colegio Imperial de la Santa Cruz de Tlatelolco, cuna del humanismo en el Nuevo Mundo y de cuya prosapia intelectual da suficiente testimonio la obra emérita de Fray Bernardino de Sahagún, la universalmente conocida *Historia General de las cosas de la Nueva España*, enciclopédico manantial nunca agotado y al cual acuden, y seguirán acudiendo a beber todos los interesados en conocer lo que fue ese universo indígena que feneció en las primeras décadas del siglo XVI y del cual las ruinas imponentes se erigen a unos cuantos pasos de nosotros, entre el Colegio de la Santa Cruz y el moderno edificio que alberga las oficinas de nuestra Cancillería.

Agradezco la invitación que el Instituto Matías Romero de Estudios Diplomáticos me hizo para colaborar en esta edición que celebra el C aniversario del nacimiento de Genaro Estrada y L de su fallecimiento. Sé que a sus dirigentes les movió a ello la circunstancia de que es mi ocupación la edición de libros dedicados a la historia, el arte, las artesanías y el paisaje —físico y humano— de México. Libros publicados, en la mayoría de los casos, gracias al patrocinio de mecenas verdaderamente magníficos que me han permitido conjugar los esfuerzos de escritores, investigadores, fotógrafos y técnicos, a quienes se debe —en realidad— el éxito obtenido, ya que el editor, dígolo en mi caso, no es más que el administrador de las luces, habilidades y dineros que otros generosamente aportan, movidos por el interés de difundir la cultura. Que esta apología, tan breve como pretenciosa, baste para justificar o, al menos, explicar mi inclusión en estas páginas.

Genaro Estrada, mito y leyenda

Dos cosas supimos de Estrada, mucho antes de conocerle como el diplomático, el escritor y el bibliógrafo. Una, que en su tarjeta de visita, ya en pleno apogeo de su carrera, no ostentaba más título que el de tipógrafo. La otra, que en ocasión de haberse terminado la impresión de un volumen, cuyas galeras habían sido cuidadosamente revisadas por don Genaro, tuvo éste la satisfacción de poder rematar el colofón con la frase siguiente: "Estimamos que esta es la primera edición, publicada en español y en la América Latina, que no contiene errata alguna". Quehaceres propios de su cargo le obligaron a ausentarse del país antes de la impresión de dicho colofón; de regreso, encontró sobre su mesa el volumen ya encuadernado... ¡sólo que en el colofón la palabra "errata" aparecía escrita con "h"! Según el cuento, Estrada estuvo enfermo varios días, pese a que hubo manera de reparar, a tiempo, semejante enormidad.

Los relatos nos hacen confrontar un hecho, el del ingreso de Estrada al círculo de los elegidos. Hecho que se da cuando un personaje traspone los límites de la historia y penetra en los de la leyenda; cuando el mito nos dice más de ese personaje, que todas las investigaciones, probadas y comprobadas, a las que su figura hubiere dado lugar. Estrada, tipógrafo, revisor de galeras, impresor cuidadoso, al tiempo que canciller de su país y autor de la doctrina de derecho internacional que lleva su nombre. Estrada, el adicto ferviente de la palabra impresa, de las ediciones bien terminadas, de los volúmenes sobria y pulcramente encuadernados, en los que se contienen datos precisos, raros documentos, tesis y ensayos, todos vinculados con la historia de México, suprema pasión de don Genaro.

En una imprenta de provincia

Todavía niño, Estrada aprendió un oficio: entró a trabajar en una imprenta que tenía en Culiacán don Faustino Díaz, su pariente político. Y aquí es de observar una curiosa coincidencia: don Joaquín García Icazbalceta, a quien don Genaro tanto admiraría, aprendió, también de niño, ese mismo oficio, impuesto por su padre en previsión de cambios de fortuna. Diríase que fueron la tipografía y el arte de imprimir los primeros impulsos que les llevarían a las cumbres que alcanzaron, Estrada y García Icazbalceta, como investigadores, impresores y bibliógrafos.

Del taller de impresión, pasa Estrada a la redacción de *El Monitor*, también en su natal Sinaloa. Autodidacta admirable, se inicia en el arte, no menos noble, de difundir noticias e ideas a través de la prensa y, así, en 1911, se hace cargo de *El Diario del Pacífico*, que se edita en Mazatlán. Llega a la ciudad de México en septiembre de ese mismo año e ingresa en la redacción de *El Diario*. En 1912, funda con Enrique González Martínez la revista *Argos*. De 1913 a 1917 se dedica al estudio documental de la historia de México en la biblioteca de don Genaro García. Está ya muy lejos la modesta imprenta de provincia; sin embargo, tal distancia es más aparente que real: en la mente y en el corazón de Estrada ha dejado huella perdurable su paso por el taller de Faustino Díaz.

Dos décadas de actividad titánica

En mayo de 1917, este hombre que aún no cumple los treinta años y que ya ha sido tipógrafo, redactor, editorialista, director de periódicos y revistas, profesor de historia, secretario de la Escuela Nacional Preparatoria, y autor de la antología *Poetas nuevos de México* (que publica en 1916), inicia su carrera de servidor público al ingresar en la Secretaría de Industria, Comercio y Trabajo, como administrador de la oficina de publicaciones. Este cargo y esa fecha marcan el comienzo de una etapa de 20 años de actividad titánica, interrumpida sólo por la muerte.

Estrada es un intelectual nato, pero es, a la vez, un innato organizador, un realizador de proyectos. Rara combinación que, cuando se da, origina una producción de alcances formidables: la antología arriba citada es el punto de partida de la producción bibliográfica personal de don Genaro. Dicha producción habrá de extenderse, en ediciones

póstumas, hasta 1954 y abarca treinta títulos que se ocupan de temas tan variados como poesía, novela, cuentos, crítica, estudios jurídicos, traducciones del francés y del inglés, arte, historia, notas bibliográficas. Algunos son publicados en México, otros en Madrid.

Toda esa labor, que se nos antoja abrumadora, se combina con el desempeño eficiente y concienzudo de sus tareas como funcionario público en el Ministerio de Industria y Comercio, primero, y en la Secretaría de Relaciones Exteriores, después. Ingresa a esta última dependencia, en noviembre de 1922, como oficial mayor; en 1923 es designado subsecretario, en 1927 queda como encargado del despacho y en 1930 es nombrado secretario. En septiembre del mismo año, se le designa como el primer delegado de México ante la Sociedad de Naciones.

En el curso de estos años, viaja, organiza, promueve, funda. Todo le interesa, todo le apasiona y sabe entregarse a las exigencias de esa afición de saber y de hacer, con una "difícil" facilidad que asombra a todos los que conviven con su incesante, ordenado ajeteo. Ajeteo que, por otra parte, le vale el hacerse de innumerables amigos y colaboradores en todas las esferas; de aquí que sea Estrada una de las figuras más conocidas de los estudiosos de nuestra vida intelectual en el primer tercio del siglo XX. También de ello es fácil deducir que es muy poco, o más bien nada, lo que, como novedad, pudiera decirse o publicarse de don Genaro. Baste echar una mirada, así sea superficial, sobre la abundantísima producción de ensayos, biografías, comentarios y semblanzas que, en torno a su figura, andan por ahí circulando y cuyo número parece aumentar conforme pasan los años.

Al término de su gestión como canciller, pasa a Europa como embajador de México en España y ministro en Portugal. De más está señalar que este periodo, que va de enero de 1932 a octubre de 1934, es fructífero en contactos con las más altas instituciones de enseñanza superior en la península y con las bibliotecas y archivos que guardan documentación relacionada con México. Es infatigable: da conferencias en Madrid, en Granada, en Salamanca. Visita el Archivo de Indias y planea toda una labor editorial para sacar a la luz algunos de los más importantes papeles que de México ahí se guardan. Y hace lo mismo en Madrid, con las autoridades de la Academia de la Historia, de la Biblioteca Nacional, del Museo Arqueológico.

En enero de 1935, declina el ofrecimiento de las embajadas en Argentina o en Brasil y prefiere asu-

mir la dirección de las publicaciones históricas y bibliográficas de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Renuncia a esa labor en noviembre y con ello pone fin a su carrera pública.

Continuador de una tradición secular

A fines del siglo XVI, el virrey Moya de Contreras ordenó la confección de listas de todos los libros existentes en la Nueva España, las que deberían contener los nombres del autor y del impresor, así como el año de la publicación. En el siglo XVII, Antonio de León Pinelo publicó su *Epítome de la biblioteca oriental y occidental, náutica y geográfica*, considerada como la primera gran bibliografía americanista. En el XVIII, destaca la *Biblioteca Mexicana* de Juan José de Eguiara y Eguren, así como la *Biblioteca hispanoamericana septentrional* de José Mariano Beristáin y Souza. Son de mencionarse las bibliografías de los jesuitas Clavijero y Márquez, quienes contaron con la colaboración de Alzate, León y Gama, Cavo, y Veytia, entre otros.

A fines del siglo XIX y principios del XX, aparecen los *Catálogos de la Biblioteca Nacional de México*, compilados en 11 volúmenes por José María Vigil. Poco antes, Joaquín García Icazbalceta había publicado su *Bibliografía mexicana del siglo XVI* y su *Nueva colección de documentos para la historia de México*, ambas de enorme interés para los investigadores de nuestra historia. Son de gran importancia también las eméritas compilaciones de Genaro García; ya iniciado nuestro siglo aparecen sus *Documentos históricos mexicanos*, en siete tomos, y sus *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México*, en 37 tomos. Como ya se apuntó más arriba, Genaro Estrada se formó como historiador y bibliógrafo en la biblioteca de Genaro

García y, así, se establece la continuidad de la ingente labor investigadora, representada por García Icazbalceta y Genaro García, con la aparición de la serie, debida a Estrada e iniciada en 1923, que se titula *Archivo Histórico y Diplomático Mexicano* y que alcanzó los 39 volúmenes. También de Estrada son las *Monografías bibliográficas mexicanas*, de 1925, y que llegarían a totalizar un número de 31 volúmenes en 1935, con las *Doscientas notas de bibliografía mexicana*, escritas por el propio don Genaro.

Es de mencionarse aquí la primera "salida" de Estrada como impresor, editor e investigador. Nos referimos a su publicación de las *Ordenanzas de gremios de la Nueva España*, de Francisco del Valle Lorenzot, realizada durante su gestión como administrador de la oficina de publicaciones de la Secretaría de Industria, Comercio y Trabajo. Como afirma José Miguel Quintana, esta fue la primicia de las series y de algunas obras aisladas que editó e imprimió Estrada con el propósito fundamental de servir a México en los campos de la historia y de la bibliografía.

Para terminar debe recalcarse un aspecto no menos importante de la labor de don Genaro Estrada. Contagió su entusiasmo por esas especialidades a un buen número de estudiosos e investigadores en ciernes, cuyos trabajos han llegado a constituir notables contribuciones. Pensemos, por ejemplo, en las aportaciones de Vito Alessio Robles, de Felipe Teixidor, de Rafael Heliodoro Valle, de Isidro Fabela, de Luis Chávez Orozco, por no mencionar más que algunos de muchos nombres ilustres. Aquí radica quizá la mayor grandeza de la obra de Estrada: fue el ilustre continuador de una tradición de investigación y trabajo, ignorada a veces, pero siempre fructífera en bien de México.